

—Claro es.
—Pues qué he de meter?
—Un vivo.
—A quién?

—A mí, contestó Juan Valjean.

Fauchelevant, que estaba sentado, se levantó con rapidez, como si hubiese estallado un petardo bajo su silla.

—A vos!...

—Y por qué no?

Juan Valjean se sonrió con una de esas sonrisas que se asemejan á un relámpago en un cielo de invierno.

—Me dijisteis antes: la madre Crucifixion ha muerto, y yo añadí: y el señor Magdalena está enterrado. Pues eso es.

—Os reis? hablais con formalidad?

—Con formalidad estoy hablando. ¿Es preciso salir de aquí?

—Sí, es preciso.

—Os dije que buscárais una cesta con tapadera para meterme en ella.

—Y qué?

—Que la cesta será de pino y la tapa de paño negro.

—No, de paño blanco. Las monjas son vírgenes.

—Pues será de paño blanco; lo mismo dá.

—No sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Fauchelevant, ante este recurso, que era uno de los salvajes y temerarios proyectos del presidio, y que surgia de la vida pacífica y monótona del convento, sentia un estupor comparable al del transeunte que viera una gaviota meter el pico para pescar en el arroyo de la calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Este es un medio para salir de aquí sin que me vean. Pero antes dadme instrucciones. Qué es lo que se hace? ¿Dónde está el ataúd?

—El vacío?

—Sí.

—Bajo, en la sala que se llama de los muertos. Está sobre dos caballetes y bajo el paño mortuario.

—Qué longitud tiene la caja?

—Seis piés.

—¿Qué es lo que se llama la sala de los muertos?

—Un aposento del piso bajo, que tiene una ventana con reja que dá al jardín y está cerrada por dentro con un postigo y dos puertas: una dá al convento y otra á la iglesia.

—A qué iglesia?

—A la de la calle. A la iglesia de todo el mundo.

—Teneis las llaves de esas dos puertas?

—No; solo tengo la de la puerta que dá al convento; el portero tiene la otra.

—Y el portero cuándo la abre.

—Solo para que entren los sepultureros cuando vienen á buscar el ataúd, pero en cuanto salen la vuelve á cerrar.

—Quién clava el ataúd?

—Yo.

—Quién pone el paño encima?

—Yo tambien.

—Vos solo?

—Ningun hombre, exceptuando el médico de la policía, puede entrar en la sala de los muertos. Hasta está escrito así en la pared.

—¿Podreis esta noche, cuando todos duerman en el convento, ocultarme en esa sala?

—No; pero puedo ocultaros en un cuartito oscuro que dá á la sala, donde guardo los útiles de enterrar, y cuya llave tengo yo.

—¿A qué hora vendrá el carro fúnebre mañana por el ataúd?

—A las tres de la tarde. Lo entierran en el cementerio Vaugirard un poco antes del anochecer. Es bastante tarde.

—Estaré escondido en el cuartito de las herramientas toda la noche y toda la mañana. No podré comer? Tendré hambre.

—Yo os llevaré comida.

—Podríais venir á clavarme en el ataúd á las dos de la madrugada.

Fauchelevant retrocedió, haciendo chasquear los dedos.

—Eso es imposible!

—Bah! ¿es imposible coger un martillo y clavar unos clavos en unas tablas?

Lo que le parecia inaudito al jardinero era sencillo para Juan Valjean, que habia pasado mayores riesgos. El que ha estado en presidio sabe el arte de encojerse con arreglo al diámetro de las evasiones.

El preso se entrega á la fuga como el enfermo á la crisis que le salva ó que le pierde. ¿Qué es lo que no hace por curarse? Una evasión es una curación. Dejarse clavar y llevar dentro de una caja como un fardo, vivir algunas horas de este modo, encontrar aire donde no lo hay, economizar la respiración durante algun tiempo, asfixiarse sin morir, era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Después de todo, que un ataúd encierre á un sér vivo, si es estratagemas de presidiario, tambien lo es de emperador. Si hemos de dar crédito al monje Agustín Castillejo, de ese medio se valió

Cárlos V cuando quiso, después de su abdicación, ver por última vez á Bárbara Blomberg, para hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelevant, reponiéndose, le preguntó:

—¿Cómo habeis de respirar dentro de la caja?

—Respiraré.

—En el ataúd? solo de pensar en esto me dan escalofríos.

—Tendreis alguna barrena; haceis algunos agujeros diminutos alrededor de la boca aquí y allá, y clavareis la tapa sin apretarla.

—Bien; ¿pero si os ocurre toser ó estornudar?

—El que se evade no tose ni estornuda. Es preciso decidirse; ó ser descubierta aquí ó salir en coche fúnebre.

Todo el mundo ha observado la afición que tienen los gatos á pararse y á jugar entre las dos hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no ha dicho alguna vez á un gato:—Acabarás de entrar?... Pues hay hombres que cuando ven ante ellos un incidente entreabierto, tienen tendencias á permanecer indecisos entre dos resoluciones, exponiéndose á que los aplaste el destino cerrando bruscamente la aventura. Los demasados prudentes, aunque sean gatos, y quizás porque lo son, corren más peligro algunas veces que los audaces. Fauchelevant era de esos hombres indecisos; sin embargo, la sangre fría de Juan Valjean le dominó, á pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que yo no veo otro medio.

—Lo único que me inquieta, replicó el ex-alcalde, es lo que pueda suceder en el cementerio.

—Pues eso es precisamente lo que á mí no me apura, contestó el jardinero. Si estais seguro de poder salir de la caja, yo estoy seguro de sacaros de la fosa. El sepulturero es un borracho amigo mio, el tío Mestienne, antiguo y terrible bebedor. El enterrador mete á los muertos en la hoya y yo me lo meto á él en el bolsillo. Voy á deciros lo que sucederá. Llegaremos poco antes de oscurecer, tres cuartos de hora antes que cierren las

del cementerio. El carruaje llevará la fosa; yo le seguiré, porque tengo esta acción. Llevaré en el bolsillo martillo, coplo y tenazas. Se desenterrará el fúnebre, los enterradores tendrán el coplo y tenazas. Se desenterrará el fúnebre, los enterradores atarán con el coplo y tenazas el ataúd y lo bajarán á la fosa. El capellan recitará las oraciones, hará la señal de la cruz, echará agua bendita y se marchará.

Me quedaré solo con el tío Mestienne, que es amigo mio, como os he dicho. Sucederá una de estas dos cosas; ó estará borracho ó no. Si no está borracho, le digo: Ven á echar un trago conmigo al *Buen Membrillo* antes que lo cierren. Me lo llevo y lo emborracho, lo que no me costará mucho, porque él siempre está apuntado. Le dejo bajo la mesa, le tomo su licencia para entrar en el cementerio y vuelvo solo á dicho sitio. Entonces ya solo teneis que habéros las conmigo. Si está borracho le digo: Vete, que yo solo enterraré el ataúd. Se vá y os saco de la caja.

Juan Valjean le tendió la mano y Fauchelevant se apoderó de ella con toda la efusión de que es susceptible un campesino.

—Estamos convenidos y todo saldrá bien.

—Con tal de que no se desarregle, pensó para sí el jardinero. ¡Entonces seria muy terrible!

V.

No hasta ser borracho para ser inmortal.

Al día siguiente al declinar el sol, los que transitaban por el boulevard del Maine se quitaban el sombrero al ver pasar un carro fúnebre antiguo, que tenia adornos de calaveras, de tibias y de lágrimas. Conducia un ataúd tapado con un paño blanco, en el que se destacaba una gran cruz negra, semejante á un esqueleto con los brazos colgando. Le seguia un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja. Dos sepultureros con traje gris con adornos negros marchaban á un lado y al otro del carro fúnebre. Detrás iba un viejo cojeando. El entierro se dirigia al cementerio Vaugirard.

Se veian sobresalir de los bolsillos del viejo el mango de un martillo, un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio Vaugirard era una excepción entre los cementerios de Paris. Tenia sus costumbres particulares, lo mismo que tenia puerta cochera y puerta pequeña, á las que aun llamaban los viejos del barrio la puerta noble y la puerta plebeya.

Las Bernardas Benedictinas consiguieron, como dijimos, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte, en terreno

que había pertenecido á la comunidad, y por la tarde. Los enterradores tenían que hacer el servicio en el cementerio por la tarde en el verano y por la noche en invierno, y estaban sujetos á disciplina particular. Las puertas de los cementerios de París se cerraban en esa época al ponerse el sol, y siendo esta medida del orden municipal, tenía que someterse á ella el cementerio Vaugirard como todos los demás. La puerta noble y la puerta plebeya eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellon que construyó el arquitecto Perronet, donde vivía el guarda del cementerio. Estas verjas giraban inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos. Si se quedaba dentro algun sepulturero, no tenía otro medio de salir que el presentar su cédula de enterrador expedida por la Administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón; el sepulturero echaba en él la cédula, el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda y se abría la puerta plebeya. Si el sepulturero no llevaba la cédula, se daba á conocer al guarda y éste le reconocía y le abría la puerta con la llave. Salía el sepulturero, pero tenía que pagar quince francos de multa.

Este cementerio, con sus privilegios, era un estorbo para la simetría administrativa, y fué suprimido poco despues de 1830. El cementerio del Monte-Parnaso le sucedió, heredando la famosa taberna medianera con él, que tenía por muestra un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado con las mesas de los bebedores y por el otro con los nichos, ostentando esta inscripción: *Al Buen Membrillo.*

El cementerio Vaugirard había caído en desuso. Lo invadía la yerba y le abandonaban las flores; las personas de la clase media esquivaban ser enterradas en él, porque decían que olía á pobre; preferían ir á parar al cementerio del padre Lachaise, que era como tener muebles de caoba. En esto se conocía la elegancia. El cementerio Vaugirard era un recinto venerable, plantado, como los antiguos jardines franceses, con calles rectas de boj, tuyas, acebos, sembrado de sepulcros y la yerba muy alta. La noche era allí trágica.

No se había aun puesto el sol cuando el carro fúnebre entró en la alameda del cementerio de Vaugirard. El cojo que le seguía era el tío Fauchelevant.

Se ejecutó sin ningun obstáculo el entierro de la madre Crucifixion en la cripta, debajo del altar de la capilla, la salida de Cosette del convento y la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos. Todo esto había salido bien.

Digámoslo de paso; el entierro de la madre Crucifixion en la cripta es para nosotros un acto perfectamente venial, una de esas faltas que se parecen al deber. Las monjas le cumplieron, no solo sin temor, sino con aplauso de su conciencia. En el claustro, lo que se llama "gobierno," no es más que una intrusión de la autoridad, intrusión que es muy discutible. Lo primero es la regla; el Código viene despues. Que promulguen los hombres las leyes que les plazca, pero que las guarden para ellos. El tributo que se paga al César no es más que el resto de lo que se paga á Dios. Un príncipe no es nada ante un principio.

Fauchelevant iba cojeando muy contento detrás del carro fúnebre. Sus dos complots gemelos, uno con las monjas y otro con el señor Magdalena, uno en pró del convento y otro en contra, habían tenido buen éxito. Juan Valjean poseía una de esas serenidades poderosas que se comunican á los demás. El jardinero creía que conseguiría triunfo completo, porque ya poco le quedaba que hacer. En dos años había emborrachado diez veces al sepulturero tío Mestienne, que era un pobre hombre. Hacia de él lo que quería.

Cuando el convoy fúnebre entró en el camino que conducía directamente al cementerio, el jardinero, satisfecho y risueño, miró al carro y dijo para sí, fro-tándose las manos:

—Vaya una farsa!...

Paróse el carro; había llegado á la verja.

Era preciso exhibir la licencia para el entierro.

El encargado de las pompas fúnebres se adelantó y se acercó al portero. Mientras estos dos conversaban, apareció un desconocido que fué á colocarse detrás del carro, al lado del jardinero; parecía un trabajador; llevaba blusa con grandes bolsillos y un azadon bajo del brazo.

Fauchelevant se fijó en el desconocido y el preguntó:

—Quién sois?

El hombre le contestó, to-

—El enterrador.

Fauchelevant se que-

bieran disparado al pecho una bala de cañon.

—El enterrador!

—Sí.

—Vos?

—Yo.

—El enterrador es el tío Mestienne.

—Era.

—Cómo que era?...

—Ha muerto.

Fauchelevant lo había previsto todo, menos que pudiera morir el enterrador.

El pobre hombre se quedó estupefacto.

—Eso no es posible! exclamó.

—Pues así fué.

—No, no; el enterrador es el tío Mestienne, dijo casi á media voz el jardinero.

—Luego de Napoleon vino Luis XVIII; despues de Mestienne viene Gribier, que soy yo, compañero.

Fauchelevant palideció y examinó á Gribier.

Era un hombre alto, lívido, fúnebre. Parecía un médico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelevant se echó á reir.

—Cómo ha de ser! Este es el mundo!

Ha muerto el tío Mestienne, pero vive el tío Lenoir. Sabéis quién es el tío Lenoir? Es la bota del tinto de á doce; es la bota de Surena, el verdadero Surena de París. Siento que haya muerto el tío Mestienne, porque era un buen sugeto; pero vos también lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos en seguida á echar juntos una copa.

El hombre respondió:

—He estudiado cuatro años y no bebo nunca.

El coche fúnebre andaba siguiendo la calle ancha del cementerio.

El jardinero había acortado el paso; le hacia cojear más la ansiedad que el estado de su pierna.

El enterrador caminaba delante de él.

Fauchelevant examinaba otra vez al inesperado Gribier; era uno de esos hombres que siendo jóvenes parecen viejos, y que son muy fuertes á pesar de ser delgados.

—Camarada! le dijo.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Sois mi colega, le contestó Gribier.

Fauchelevant era iliterato, pero sutil, y comprendió que tenía que habérselas con un hombre que sabía.

—Conque murió el tío Mestienne?

—Murió. Dios consultó su cuaderno de

vencimientos y vió que le había llegado el plazo al tío Mestienne, y se lo hizo cumplir.

—Dios!... replicó el jardinero maquinalmente.

—Dios, dijo el enterrador con énfasis: Dios, que es para los filósofos el Padre Eterno y para los jacobinos el Sér Supremo.

—Seremos amigos? le pregunto trémulamente el jardinero.

—Ya lo somos. Vos sois provinciano y yo soy parisien.

—Las amistades se traban bebiendo juntos. El que vacía su vaso vacía su corazón. A esto nadie debe negarse.

—Primero es la obligacion.

Fauchelevant pensó:

—Estoy perdido.

Faltaba ya muy poco para entrar en la calle que conducía al terreno de las monjas.

—Provinciano, le dijo Gribier, tengo que dar pan á siete bocas, y como han de comer, yo no puedo beber.

Y añadió con la satisfacción del hombre sério que inventa una frase:

—Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro fúnebre dió la vuelta á un plantío de cipreses, dejó la calle ancha, atravesó otra más estrecha, entró en el terreno inculto y despues en la maleza, lo que indicaba la proximidad inmediata á la sepultura.

Fauchelevant acortó más el paso, pero no podía detener al vehículo. Afortunadamente la tierra, removida y mojada por las lluvias del invierno, se pegaba á las ruedas y retardaba la llegada.

Fauchelevant se aproximó á Gribier y le dijo á media voz:

—Hay muy buen vino en Argenteuil.

—Provinciano, repuso Gribier, yo no debiera ser enterrador. Mi padre era el portero del Pritáneo. Me dedicaba á literatura, pero hemos sufrido muchas desgracias; mi padre tuvo pérdidas en la Bolsa y yo he tenido que renunciar á ser autor. Esto no obstante, soy memorialista.

—Luego no sois enterrador?

—Una cosa no se opone á la otra. Acumulo dos profesiones.

Fauchelevant no entendió la palabra "acumulo," y le dijo:

—Vamos á beber.

Es preciso hacer ahora una observacion. Fauchelevant, en medio de su angustia, convidaba á beber, pero sin duda se olvidaba que él convidaba siempre al tío Mestienne, pero que éste era el que

pagaba. Aquel convite era quizás el resultado de la nueva situación que le creaba el nuevo enterrador; pero el viejo jardinero dejaba en la oscuridad, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de Rabelais. Fauchelevant, á pesar de su emoción, no estaba decidido á pagar.

El enterrador continuó hablándole y sonriéndose con cierta superioridad:

—Es indispensable comer. Acepté el cargo de sucesor del tío Mestienne, porque cuando uno casi ha terminado sus estudios, es filósofo. Agregué al trabajo de la mano el del brazo, y tengo un puesto de memorialista en el mercado de la calle de Sevres. Sabéis dónde? En el mercado de los Paraguas. Todas las criadas de la Cruz-Roja acuden á mí, y escribo también las declaraciones de sus novios. Por la mañana me dedico á confeccionar cartas amorosas y por la tarde abro sepulturas. Esta es mi vida.

El carro avanzaba. Fauchelevant miraba con angustia hácia todas partes, y gruesas gotas de sudor le corrían por la frente.

—Pero, continuó el enterrador, no se puede servir á dos señores; tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me destroza la mano.

El carro fúnebre paró.

El monaguillo bajó del coche y detrás de él el sacerdote.

Una de las ruedas delanteras del carro subía algo sobre un montón de tierra; un poco más allá se veía una fosa abierta.

—Vaya una broma! repitió consternado Fauchelevant.

VI.

Entre cuatro tablas.

¿Quién estaba en el ataúd? Juan Valjean, que se colocó como pudo para vivir dentro de él y que apenas podía respirar.

Cosa extraña es hasta qué punto la seguridad de la conciencia nos dá la seguridad de todo lo demás.

La combinación que ideó Juan Valjean iba perfectamente desde el día anterior. Este, lo mismo que el jardinero, contaban con el tío Mestienne, y creían salir bien de la aventura. Imposible es ver situación tan crítica con más completa calma.

Las cuatro tablas del ataúd respiraban una paz horrible. La tranquilidad de Juan Valjean tenía algo del reposo de la muerte.

Desde dentro del ataúd había seguido y seguía las peripecias del terrible drama que con la muerte estaba representando.

Poco después que Fauchelevant clavó la tapa del ataúd conoció Juan Valjean que le llevaban, y luego que rodaba. Conoció también por la suavidad del movimiento que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el camino. Al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz; en la primera parada conoció que entraba en el cementerio; en la segunda se dijo: Aquí está la hoya.

Sintió que bruscamente cogían el ataúd y oyó áspero rozamiento de tablas; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarlo á la fosa. Después sintió como un vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador hicieron oscilar el ataúd y bajaron primero la cabeza que los pies. Recuperó el sentido y vió que estaba horizontal é inmóvil. Acababa de tocar el fondo de la fosa.

Se estremeció de frío.

Oyó encima de él una voz glacial y solemne pronunciar tan lentamente palabras en latín, que pudo oír las todas, pero que no las comprendió:

—*Qui dormiunt in interra pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.*

Una voz infantil respondió:

—*De profundis.*

La voz grave y solemne continuó así:

—*Requiem aeternam dona ei, Domine.*

Y la voz infantil contestó:

—*Et lux perpetua luceat ei.*

Oyó sobre la tapa del ataúd como el débil ruido de algunas gotas de agua. Probablemente lo causaría el agua bendita.

Entonces pensó Juan Valjean:—Esto ya vá á terminar. Necesito tener paciencia solo unos cuantos momentos. Fauchelevant se llevará á Mestienne para que se emborrache; el sacerdote se irá en seguida. Me dejarán; después el jardinero volverá solo y yo saldré de aquí. No será ya cuestión de mucho tiempo.

La voz grave dijo:

—*Requiescat in pace.*

Y la voz infantil:

—*Amen.*

Juan Valjean, con el oído atento, oyó el ruido de pasos que se alejaban.

—Ya se van, pensó; estoy solo.

De repente oyó un ruido sobre su ca-

beza: era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Después cayó otra.

Quedó obstruido uno de los agujeros por donde respiraba.

Después cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

VII.

El nuevo enterrador.

Veamos lo que había pasado encima del ataúd en que yacía Juan Valjean.

En cuanto partió el carro fúnebre, el sacerdote y el monaguillo partieron también en coche.

Fauchelevant, que no separaba la vista del enterrador, le vió inclinarse y coger la pala que estaba clavada verticalmente en el montón de tierra.

Entonces el jardinero tomó suprema resolución.

Se colocó entre la fosa y el enterrador, se cruzó de brazos y le dijo:

—Yo pago!

Gribier le miró asombrado y le preguntó:

—El qué?

El jardinero repitió:

—Yo pago!

—Pero qué?...

—El vino.

—Qué vino?

—El de Argenteuil.

—Dónde está ese Argenteuil?

—En la taberna del Buen Membrillo.

—Déjame en paz! le dijo el enterrador, y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd, que despidió un sonido hueco.

Fauchelevant desfallecía y estaba á punto de caer en la hoya.

Gritó á su colega con voz angustiada:

—Camarada, vamos antes de que cierren la taberna.

El enterrador cogió otra paletada de tierra.

—Yo pago! repitió Fauchelevant, cogiendo del brazo á Gribier.—Escuchadme, camarada, le dijo; soy el enterrador del convento y vengo á ayudaros, pero esta faena la haremos á la noche; ahora vamos á beber un trago.

Al mismo tiempo que hablaba, agarrándose con insistencia á su idea fija,

desesperado, se hacia á sí mismo esta lúgubre reflexión:—Si bebe, ¿se emborrachará?...

—Camarada, ya que os empeñáis, consiento, le contestó el enterrador: bebemos, pero después de terminar nuestra tarea; antes no, y levantó la pala.

Fauchelevant le detuvo el brazo.

—Es Argenteuil de á seis.

—Veo que sois campanero. Din, don, din, don: no sabéis decir más que eso.

Gribier arrojó á la fosa la segunda paletada.

Fauchelevant llegó á uno de esos momentos en los que el hombre no sabe lo que se dice.

—Vamos, venid á beber, que yo pago, le gritó.

—En cuanto enterremos á la monja, le contestó Gribier, echando la tercer paletada.

Después clavó la pala en tierra y añadió:

—Además, vá á hacer mucho frío esta noche y la muerte nos chillará si no la abrigamos bien.

En este momento, Gribier, al llenar la pala de tierra, se encorbaba y dejaba abierto el bolsillo de la blusa. Las miradas extraviadas de Fauchelevant se dirigieron maquinalmente al indicado bolsillo y se detuvieron en él.

No estaba aun enteramente oculto el sol en el horizonte y había aun la luz suficiente para distinguir una cosa blanca en el fondo del bolsillo abierto.

Las pupilas de Fauchelevant despidieron todo el fuego que pueden despedir los ojos picardos.

Se le acababa de ocurrir una idea.

Sin que el enterrador, que estaba ocupado en llenar la pala, lo notase, le metió por detrás la mano en el bolsillo y sacó la cosa blanca que éste contenía.

Gribier arrojó en la fosa la cuarta paletada.

Cuando iba á preparar la quinta, Fauchelevant le miró con calma y le dijo:

—A propósito, novato, ¿traéis la cédula?

—Qué cédula? le preguntó Gribier.

—El sol se vá á ocultar.

—Y qué?

—Van á cerrar la verja del cementerio.

—Y qué?

—Teneis cédula?

—Ah, mi cédula! exclamó el enterrador, y registró sus bolsillos.

—No, dijo; la he dejado en casa sin duda.

—Pues teneis que pagar quince francos de multa.

El enterrador se puso verde; la palidez es verde en las fisonomías pálidas.

—Ay, Dios mio! exclamó. ¡Quince francos de multa!

—Tres napoleones, insistió en decirle el jardinero.

El enterrador dejó caer la pala.

—Novato, no hay que desesperarse, le contestó Fauchelevant. Podeis evitar el pagar los quince francos. Como viejo en el oficio, voy á daros un consejo de amigo. Es evidente que el sol ya se pone y que el cementerio vá á cerrarse dentro de pocos minutos.

—Es verdad, contestó Gribier.

—En esos minutos no podeis llenar la fosa, que es muy profunda, y salir antes de que cierren la verja.

—Tambien es verdad.

—Pues en ese caso incurris en la multa de quince francos.

—Quince francos!

—Pero aun teneis tiempo para... ¿dónde vivís?

—Un cuarto de hora de aquí, en la calle Vaugirard, núm. 87.

—Pues teneis tiempo, andando á escape, para salir de aquí.

—Es verdad.

—Ya fuera de la verja, correis á vuestra casa, tomáis la cédula, volveis, el guarda os abre, y comó traeis el documento, os escapais de pagar la multa. Enterrareis entonces á la monja, y yo me quedaré aquí vigilándola para que no se escape.

—Os debo la vida, compañero.

—Dejadme libre el campo.

El enterrador, muy agradecido, le apretó la mano y se fué corriendo.

En cuanto Fauchelevant le vió desaparecer, se inclinó hácia la fosa y dijo en voz baja:

—Señor Magdalena!

No obtuvo respuesta.

El jardinero se estremeció. Se dejó caer en la fosa más que bajó, se echó sobre el ataúd y gritó:

—Señor Magdalena!

Continuó el silencio dentro del ataúd.

Fauchelevant, casi sin poder respirar y temblando, sacó el escoplo y el martillo é hizo saltar la tapa de la caja. A la luz del crepúsculo apareció el pálido rostro de Juan Valjean con los ojos cerrados.

Fauchelevant sintió que se le erizaba el pelo; se puso en pié y se apoyó de es-

palda en la pared de la fosa, cayéndose sobre el ataúd. Miró al ex-alcalde.

Juan Valjean yacía pálido é inmóvil.

El jardinero exclamó con voz desfallecida:

—Está muerto!

Enderezándose, cruzó los brazos con tanta violencia, que se golpeó los hombros con ambos puños, gritando:

—Buen modo he tenido de salvarle!

El pobre hombre empezó á sollozar, monologando, porque es un error creer que el monólogo no existe en la naturaleza. Las fuertes agitaciones nos hacen hablar muchas veces en voz alta.

—El tio Mestienne tiene la culpa; ¿por qué se ha muerto ese imbécil? ¿Qué necesidad tenia de morirse cuando á mí me hacia falta? El ha matado al señor Magdalena. El pobre señor Magdalena se ha quedado en el ataúd y todo ha terminado ya para él. Ay, Dios mio! ¡Está muerto! Y qué voy á hacer ahora de su niña! Qué vá á decir la frutera! ¿Pero es posible, Dios mio, que un hombre como este muera así? No puedo olvidar cuando se metió bajo de mi carro. ¡Señor Magdalena! Señor Magdalena! Se ha asfixiado; bien lo decia yo, pero no me quiso creer. He cometido una picardía. ¡Ha muerto ese hombre, que era el mejor entre los mejores! Y la niña!... ¡Yo no vuelvo allá! yo me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa tan descabellada! ¡Haber llegado á nuestra edad para ser dos viejos locos! Pero... cómo entró en el convento? De aquí provino todo, porque esas cosas no se deben hacer. Señor Magdalena! Señor Magdalena! Señor alcalde! No me oye.

Fauchelevant, desesperado, se mesaba el cabello.

Se oyó á lo lejos en este instante un chirrido agudo por entre los árboles. Era que se cerraba la verja del cementerio.

Fauchelevant se inclinó sobre Juan Valjean, y de pronto retrocedió bruscamente todo lo que se puede retroceder dentro de una sepultura.

Juan Valjean tenia los ojos abiertos y le miraba.

Ver una muerte es cosa horrible, pero ver una resurreccion tambien lo es.

Fauchelevant se quedó petrificado, pálido, confuso, trastornado por el exceso de las emociones, sin saber si tenia que habérselas con un vivo ó con un muerto, y observando á Juan Valjean que le miraba.

—Me he dormido, dijo el ex-alcalde, y se sentó.

Fauchelevant cayó de rodillas.



TENGO FRIO, DIJO JUAN VALJEAN.

—Virgen santa! exclamó. ¡Qué susto me habeis dado!

Juan Valjean, que solo estaba desmayado, al respirar el aire libre recobró el conocimiento.

La alegría es el reflujo del terror. Fauchelevent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para volver en sí.

—Conque no os habeis muerto! Teneis extraordinario valor. Os he llamado tantas veces que al fin os he despertado. Cuando os ví con los ojos cerrados creí que habiais muerto de asfixia. Esto me hubiera vuelto loco, loco furioso, loco de atar; me hubieran encerrado en Bicetre. ¿Qué habia yo de hacer estando vos muerto? Y la niña? ¡La frutera, sin saber nada, se hubiera encontrado con la niña en los brazos y su abuelo muerto! ¡Qué historia, Dios mio, qué historia! Pero vivís y ya se han concluido todos los disgustos.

—Tengo frio, dijo Juan Valjean.

Estas palabras atrajeron á Fauchelevent á la realidad, á la urgente realidad. Aquellos hombres, vueltos ya en sí, sin saber por qué tenian el espíritu perturbado; sentian algo extraño, que era indudablemente la impresion que les hacia el sitio siniestro en que se encontraban.

—Salgamos pronto de aquí, dijo el jardinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una calabaza pequeña de que se habia provisto.

—Primero bebed un poco.

El contenido de la calabaza terminó lo que el aire libre habia empezado. Juan Valjean bebió unos sorbos de aguardiente y recobró plena posesion de sí mismo.

Salió del ataud y ayudó al jardinero á clavar la tapa.

Tres minutos despues estaban fuera de la hoya. Fauchelevent se habia tranquilizado y ya no tenia tanta prisa. El cementerio estaba cerrado y no podian temer que viniese el enterrador. El "novato," estaria en su casa buscando la cédula que tenia el jardinero en el bolsillo, y sin ella le era imposible entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala y Juan Valjean el azadon y enterraron el ataud vacío. Cuando llenaron la hoya, dijo el jardinero:

—Vámonos; llevad el azadon y yo llevaré la pala.

Era casi de noche.

Juan Valjean se movia y andaba con dificultad. En el ataud se habia enfriado

y principiaba ya á convertirse en cadáver. La anquilosis de la muerte le habia cogido entre cuatro tablas, y le fué necesario deshacerse del sepulcro, por decirlo así.

—Estais yerto, le dijo Fauchelevent, y yo estoy patizambo; si así no fuera menearíamos mucho más los talones.

—En cuanto ande cuatro pasos volveré á adquirir fuerza en las piernas.

Siguieron el mismo camino que condujo al cementerio al carro fúnebre. Cuando llegaron á la verja, cerrada ya, y al cuarto del guarda, Fauchelevent, que llevaba en la mano la cédula del enterrador, la echó en la caja, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron.

—Nos salió todo á las mil maravillas. Tuvisteis una idea magnífica, señor Magdalena.

Franquearon el portillo Vaugirard con la mayor facilidad. Para las cercanías de un cementerio, una pala y un azadon son dos pasaportes. La calle de Vaugirard estaba desierta.

—Señor Magdalena, dijo Fauchelevent, sin dejar de andar y levantando la vista hácia las casas; á ver si veis mejor que yo el número 87.

—Aquí le teneis, le contestó Juan Valjean.

—Ya que no pasa nadie por esta calle, dadme el azadon y esperadme dos minutos.

Fauchelevent entró en la casa número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre al pobre hasta el desvan, y llamó en la puerta de una boardilla.

Una voz le respondió:

—Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. El cuarto del enterrador era un desvan sin amueblar y lleno de trastos. Una caja de embalar le servia de cómoda, una orza vieja de barro hacia el papel de tinaja, no habia más cama que un jergon de paja y el piso hacia las veces de sillas y de mesa. En un rincon, sobre un retazo de alfombra vieja, estaba sentada una mujer flaca y muchos niños formando un monton. Todo el cuarto daba indicios de un gran trastorno. Hubiérase dicho que allí habia habido un temblor de tierra "para uno solo." Las tapaderas estaban fuera de su sitio, la ropa esparcida, el cántaro roto; la madre habia llorado, los niños probablemente habrian recibido porrazos; quedaban allí todas las